

Numas Armando Gil Olivera*

LA CARA DESGRACIADA DE HEGEL

La historia es esencialmente conflicto entre lo decrepito que se niega a morir y lo nuevo que pugna por imponerse. Cada teoría, cada concepción del mundo ha exigido por ello sus víctimas, sus mar-tires: Sócrates, Cristo, Servet, G. Bruno, Galileo, Marx, etc., son sólo los símbolos conocidos de una ley histórica que en el transcurso de los siglos ha acompañado al progreso.

Hegel no tiene el honor de haber compartido el destino de los humillados y proscritos. Su pensamiento pudo desarrollarse sin entrar en conflicto con los poderes e ideas reinantes en su tiempo.

En su existencia, falta toda confrontación seria con las instituciones y los valores vigentes. Hegel no conocerá la persecución, la discriminación o la hostilidad de los gobernantes.

Desde el primer momento se distingue con los rasgos del hombre del orden. En su biografía no hallamos ningún rasgo de seria rebeldía, ningún desafío al poder reinante, ningún error mayúsculo. Con una sola excepción: sus amores adúlteros con la mujer de un oficial de sastre, en su época de Jena. Pero incluso en este desliz humano Hegel pondrá de relieve su falta de grandeza moral, su carácter calculador y mezquino.

LA FASE JUVENIL

En su juventud, en su época de formación, Hegel fue como nos lo ha descrito su biógrafo Haym:

... un alumno modelo, aplicado, estudioso, empollón, serio, mediocre, pedante, ordenado y sin rasgo alguno de brillantez u originalidad. Hegel asistió al Gimnasio de Stuttgart con perfecta regularidad, sin que se distinguiera por algo especial; trabajaba con cierta proporcionalidad en todas las asignaturas, leía y copiaba mucho y escribía sus ejercicios de alemán en el sentido y en el estilo de la ilustración de entonces... Sabemos muy poco sobre sus estudios académicos... lo cierto es que predicaba muy mal. Le faltaban la elegancia y la energía del Pathos oratorio empleados por Fichte, así como la ligereza del lenguaje y de la palabra que poseía Shelling. (*Cartas*).

Como catedrático, tampoco fue brillante. En Jena, como él mismo nos confesara, dejó mal sabor de boca. En Heidelberg, tuvo al principio muy pocos alumnos, cosa que él anunció a su mujer muy apesadumbrado. Sólo en su época de Berlín alcanzó popularidad y éxito, sin que su estilo docente mejorase.

Dilthey en su libro *Escritos recopilados sobre Hegel*, dirá:

* Profesor de Filosofía, U. P. N.

Su voz era difusa y carente de sonoridad, con acento suabio; sin dicción, sin elegancia oratoria, luchaba con la expresión... su éxito docente fue muy reducido.

Las cartas que escribe a sus amigos Hölderlin y Schelling son impersonales, monótonas, sin apenas espontaneidad. Sus discípulos universitarios de Tubinga le llamaban “el viejo”.

LA FASE MADURA

El período adulto y maduro de la existencia de Hegel gira en torno a una preocupación fundamental: conseguir un puesto académico que le solucione sus problemas materiales y permita al mismo tiempo disponer del sosiego necesario para poder desarrollar su vocación intelectual.

Mi felicidad —escribe el 18 de abril de 1811 a su protector Niethammer — está ligada en parte a la condición de que obtenga un puesto en la universidad. (*Carta*).

Poco después de haber contraído matrimonio, escribirá:

Con ello he alcanzado en conjunto mi meta terrena, pues con un empleo y una buena mujer, uno no puede ya esperar más en este mundo. (*Carta*).

Es decir: el ideal del ciudadano acomodado.

Su carrera académica es posibilitada al principio por Schelling, que le saca de su aislamiento de Francfort, de la misma manera que el poeta Hölderlin le liberó de su exilio de Berna. A Schelling le pagó más tarde con el desagrado, al pobre poeta le pagó con la más fría indiferencia.

La existencia de Hegel transcurre entre 1770 y 1831, es decir, en el período en que sobre Europa se expande la influencia de la Ilustración, la Revolución Francesa, las guerras napoleónicas y la paz de Metternich, Kant, Fichte, Hölderlin, Scheleiemacher, Herder y Schiller se identifican con la nueva época surgida en 1789; incluso el joven Hegel de 19 años, bajo la influencia de Hölderlin, pronuncia discursos a favor de la libertad y la igualdad, siembra árboles en son de paz.

En Francia ha sido abolido el tratamiento señorial y sustituido por la voz democrática de “Citoyen”. Hegel se ve obligado a dirigirse a sus superiores en un tono del antiguo régimen humillante y servil.

El protocolo y el lenguaje de la Alemania de su tiempo reflejan las estructuras feudales y autoritarias de un país sin apenas tradiciones revolucionarias. Hegel es todavía un súbdito de Su Graciosa Majestad, un obediente servidor. Cuando se dirige a alguna personalidad pública o a alguna institución oficial no emplea el lenguaje de un igual, de un hombre libre y emancipado, sino de un súbdito respetuoso y fiel: *Con la más profunda sumisión, su humilde servidor* y otras fórmulas análogas. Es todavía un lenguaje preburgués, dice Marx. Hegel es un

funcionario del Estado. Las cátedras son concedidas en esta época no sólo a causa del talento de los aspirantes a la misma; junto a los méritos profesionales hay que contar con avales y buenos informes, con la aprobación de príncipes y poderosos. Los profesores sospechosos de irreverencia política e ideológica corren el riesgo de ser marginados o de perder su *venia docendi*, como le ocurrirá a Fichte. El grado de libertad de enseñanza depende naturalmente de las peripecias políticas y de las respectivas personalidades que se hallan al frente de las universidades y los ministerios de cultura.

Un grado de irreverencia como gran ejemplo contra esa podredumbre politiquera nos la dieron Feuerbach, Nietzsche, Hölderlin y todos los hegelianos e intelectuales marginados.

La falta de recursos materiales no influiría su actitud política, sino incluso su misma obra. Poco después de concludida la primera parte de la *Lógica* confiesa a su protector “para escribirla debidamente hubiera necesitado todavía otro año, pero necesito dinero para vivir” (*Cartas*). Esto pone de relieve que Hegel no vacilaba en sacrificar su rigor intelectual a sus necesidades materiales. Marx era escrupuloso, a pesar de la horrenda miseria que tuvo que soportar.

EL HIJO NATURAL

Su conducta privada no fue tampoco muy edificante, después de contraer matrimonio con María von Tucher. Hegel recogió en su casa por un tiempo a su hijo bastardo, fruto de unos amores de juventud. Más tarde se separó de él y llegó a desposeerle judicialmente de su apellido. El muchacho tuvo que renunciar al de Hegel y adoptar el de Fisher. Hegel le compró finalmente una plaza en el ejército colonial de Holanda, para quitárselo de encima. Se ha reprochado a Hegel no haber atendido al muchacho con la solicitud y el amor propio de un padre, de haberle tratado como un hijastro, como un intruso que ponía en entredicho su reputación social.

A pesar de la vocación y de las aptitudes de Ludwig, Hegel no permitió que estudiase medicina, obligándolo a entrar de aprendiz en una librería de Stuttgart, lejos de Berlín, donde estorbaba el idilio familiar del matrimonio von Tucher Hegel. Ludwig tuvo un altercado con su patrono y fue despedido. Hegel aprovechó la ocasión para deshacerse para siempre de su hijo natural. Ludwig, poco antes de embarcarse, escribe:

El señor Hegel se ha despedido formalmente de mí a través de mi patrono y ni siquiera me ha escrito directamente, yo le escribí una afectuosa carta de despedida desde Maguncia, que es la última que recibirá de mí, y con ello hemos roto; pues pedir perdón y prometer que me portaré mejor no puedo hacerlo, ya que no me siento culpable de otra falta que la de no haber querido abrazar una profesión por la que no sentía vocación. (*Cartas*).

Hegel es el antípoda de Don Quijote. Si éste exalta la justicia y se rebela contra lo inhumano, Hegel, filósofo de la insensibilidad y de la indiferencia ética, recomienda la sumisión y la obediencia ante la implacable necesidad histórica. Su filosofía representa el triunfo de lo abstracto sobre lo concreto.

